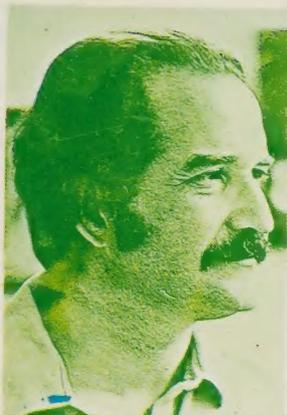




G. GARCIA MARQUEZ



C. FUENTES



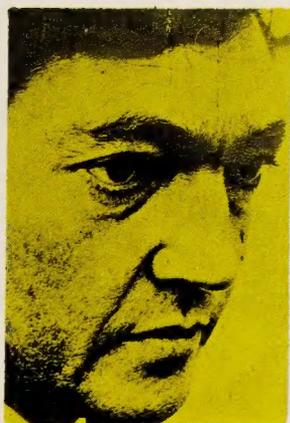
J. L. BORGES

SON ASI

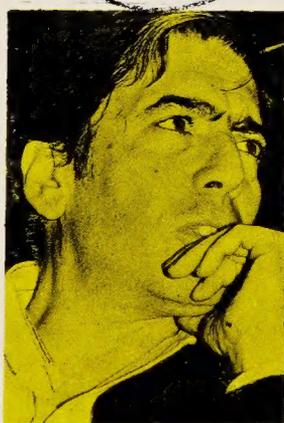
Reportaje a Nueve Escritores Latinoamericanos



G. CABRERA INFANTE



J. CORTAZAR



M. VARGAS LLOSA

Eligio García M.



E. SABATO



J. C. ONETTI



A. CARPENTIER

ELIGIO GARCIA M.

SON ASI

REPORTAJE A
NUEVE ESCRITORES
LATINOAMERICANOS



BOGOTA - CARACAS - LA PAZ - LIMA - QUITO

Edición 3.000 ejemplares
Junio, 1983
2a. Edición

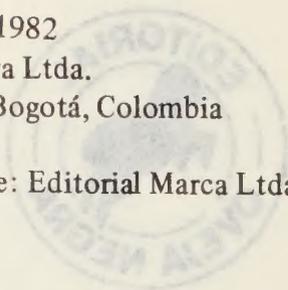
SON ASI

REPORTAJE A
NUEVE ESCRITORES
LATINOAMERICANOS

© Eligio García M., 1982
Editorial La Oveja Negra Ltda.
Carrera 14 No. 79-17 Bogotá, Colombia

Composición y Montaje: Editorial Marca Ltda.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia
Editorial Presencia Ltda.



INDICE

	Prólogo	7
Jorge Luis Borges:	La alucinación dirigida	11
Juan Carlos Onetti:	Mi nombre es Larsen	25
Carlos Fuentes:	Los misterios de "La Renaudiere"	45
	I. La cabeza de la hidra	47
	II. La renuncia	57
	III. El proceso de "Proceso"	61
Julio Cortazar:	El cazador solitario	67
Gabriel García Márquez:	El poder y la gloria	89
	I. El círculo de tiza	91
	II. Bienvenidos, señoras y señores, al reino de Macondo	99
	III. La primavera feliz en París del Patriarca García Márquez	113
Ernesto Sabato:	El fantasma de Alejandra	123
Alejo Carpentier:	La sinfonía inconclusa	141
Mario Vargas Llosa:	El bueno el malo y el feo	165
Guillermo Cabrera Infante:	El más triste (y alegre) de los tigres	181
	Prefacio	183
	Confesiones de Estio (En la casa de los espejos)	187
	Autorretrato	217

La sinfonía inconclusa
con
Alejandro Carpentier

Esta no es la última entrevista concedida por el escritor cubano Alejo Carpentier antes de morir: no es siquiera una entrevista. En los últimos tiempos, Carpentier solo las concedía a unos pocos periodistas seleccionados por él, en una fecha escogida por él, para hablar exclusivamente de los temas que a él le interesaba dar a conocer públicamente. Esa fue, tal vez, la razón más importante, la más categórica al menos, de las muchas a las que aludió para no conceder el reportaje que le propuse en septiembre de 1979.

No era sin embargo la primera vez que intentaba entrevistarlo. Otras propuestas anteriores habían resultado igualmente infructuosas, aunque en ellas Carpentier nunca se negó de manera definitiva, sino que siempre recurrió a diversas excusas y promesas: la primera, en marzo de 1975, porque carecía de tiempo ya que estaba a punto de viajar a Cuba; la segunda y la tercera, en octubre de 1978 y abril del 79 (y también en París, como siempre) porque había que esperar la publicación inminente, de sus dos nuevas obras *La consagración de la primavera* y *El arpa y la sombra*; y la cuarta y última, el 4 de septiembre pasado, cuando por primera vez se negó rotundamente, porque ahora solo hablaba con periodistas de su entera confianza.

La triste ironía fue que precisamente en esta última ocasión Carpentier pareció comprender —por lo que en ella sucedió, por lo que allí se dijo— que también este periodista podía ser de su entera confianza. Y sé que si se le hubiera propuesto nuevamente la entrevista, Carpentier, por fin, la habría concedido. Pero por esas paradojas del azar y de la vida, en ese instante este periodista ya no estaba interesado porque en cierta forma ya tenía el reportaje. Y luego, en los meses siguientes, esa oportunidad tampoco se presentó ni nunca más se volverá a presentar porque él ahora ya está muerto.

Este reportaje es, por lo tanto, no una sino muchas (frustradas) entrevistas con Alejo Carpentier: es el recuento pormenorizado, a través de esos sucesivos fracasos, de por qué no las concedía.

I

La insistencia en entrevistar a Alejo Carpentier se debió —a partir de 1978— a un interés literario (pero también personal, pero también político): para que hiciera parte de un libro de reportajes con escri-

tores latinoamericanos, de los cuales prácticamente solo faltaba el suyo. Así se lo expliqué en octubre de 1978, cuando quedó acordado realizarlo en una fecha inmediatamente posterior, y así se lo volví a explicar (recordar) hablándole por teléfono a la Embajada de Cuba en París, el 3 de septiembre de 1979. Pero en esta ocasión su reacción ante el libro fue completamente contraria al marcado interés mostrado por Carpentier once meses antes. Inexplicable, sorprendentemente ya no parecía interesado en hacer parte de la obra. “El eterno libro que siempre están elaborando todos los periodistas latinoamericanos” comentó no sin cierta ironía. En los últimos diez años agregó, él había concedido un sinnúmero de entrevistas para supuestos libros de escritores que jamás aparecieron.

Pero no solo no estaba interesado. También lo había olvidado todo: nuestra conversación, el acuerdo, las razones de este libro. Hubo que explicarle nuevamente que no había sido una obra planeada de antemano, anterior a la realización de los reportajes, sino que, en cierta manera, había sido el tiempo y no este periodista quien lo había realizado. Solo la entrevista que le proponía, igual que la de Juan Carlos Onetti (con quien acababa de conversar, en Madrid, le comenté), habían sido planeadas especialmente para ese fin. Pero todo esto era algo que le había dicho ya, once meses atrás, el 30 de octubre más exactamente, cuando quedó acordado esperar simplemente la publicación de *La consagración de la primavera* y la de *El arpa y la sombra* para realizar nuestro reportaje. Incluso, le recordé, se había quedado con un cuestionario que prometió estudiar con detenimiento. Por esa sencilla razón lo llamaba ahora.

Solo hasta ese instante Carpentier dio muestras de acordarse: se excusó entonces no solo del olvido sino por no haber estudiado el cuestionario, ya que, dijo, había carecido materialmente de tiempo en los últimos meses. “Precisamente —respondí—, como sé lo ocupado que está siempre, he pensado que el cuestionario se podría reducir a lo esencial: a la relación entre ficción e historia (a la cual alude en la presentación de *El arpa y la sombra*) y al mar Caribe, sobre todo al Caribe ese mar de islas, como usted mismo dice, y que parece ser la materia misma de toda su obra”. Agregué que si el reportaje se realizaba, sería publicado primero, inmediatamente en el periódico “El

Sol de México”, en la revista “Cromos” de Bogotá, donde generalmente se publicaban trabajos suyos, y probablemente también en España y Venezuela.

Al otro lado de la línea telefónica hubo o pareció haber entonces un profundo suspiro de impaciencia. Sus artículos, comentó ásperamente Carpentier, no era él sino una agencia internacional la encargada de hacerlos circular y publicar en América Latina; si aparecían en una revista de Bogotá no era, como muchos podrían suponer, por intervención directa suya. No lo dijo, pero dio la sensación que aclaraba el detalle para evitar sentirse comprometido (en dar el reportaje) con la revista que publicaba sus trabajos y también con este periodista, colaborador del mismo órgano informativo y por lo tanto supuesto colega suyo. “Y en cuanto a El Sol de México —agregó— es un periódico que yo conozco bien”. Y a continuación repitió, rápidamente, la anécdota de su desagradable experiencia sufrida con el diario mejicano años atrás y que ya me había relatado con lujo de detalles en octubre de 1978. Por supuesto, la inevitable conclusión de todo esto fue la misma de la anterior: “Por casos como esos es que he decidido conceder entrevistas solo a aquellos periodistas en que confío plenamente”.

Era su decisión, bastante digna de respeto. Sin embargo, solo me había limitado a llamarlo por teléfono, después de hacer lo acordado: leer *La consagración de la primavera* y *El arpa y la sombra*, este último acabado de conseguir en España. Y a propósito de España y de *La Consagración*, la televisión de aquel país había realizado en el verano un debate sobre su obra con participación de escritores y críticos españoles. Carpentier enterado el proyecto, se mostró bastante interesado en saber qué tal había resultado, qué se dijo. Pero, debido a un inevitable silencio inicial del periodista dedujo curiosamente que su obra no había sido criticada en buenos términos, tal cual había sucedido. Al no responderle su pregunta Carpentier inmediatamente pensó que este periodista no se atrevía a hablar y, entonces, en un tono sorpresivamente condescendiente, me alentó a hacerlo, diciendo: “No se preocupe por lo que hayan dicho: digámelo”.

Fue otra sorpresa. No estaba intentando ocultarle la verdad sino darle una respuesta coherente. Había sido un pésimo programa —y

así se lo dije , lleno de generalidades y críticas extraliterarias, y que quité antes de finalizar, por lo aburrido. Si no recordaba mal habían catalogado a *La consagración* de ser un burdo panfleto político, que parecía escrito por un empleado oficial de la revolución cubana, de todas as revoluciones, como había sido siempre Alejo Carpentier. También lo calificaron como un simple historiador. Como había comentado un latinoamericano que vivía en España, que conocía su obra y a Cuba y a quien tampoco le había gustado el programa, se necesita no haber leído una sola línea de sus libros para ignorar de que toda la obra de Alejo Carpentier (hable de La Habana moderna o las guerras corsarias) está suscrita al siglo XVIII. Al ámbito del Caribe en el siglo XVIII. “Eso le puede dar una idea del nivel del debate”, concluí.

Lo habían invitado –comentó ahora– pero por muchos motivos debió rechazar la oferta. De todas maneras, según lo que yo y otros amigos le habíamos comentado, no se había perdido de nada interesante. Sin embargo por vagas alusiones que en ese momento hizo Carpentier, a este periodista le quedó la inexplicable sensación que era precisamente por ese tipo de crítica extraliteraria que él se negaba a ser entrevistado. Daba la impresión de querer evitar hablar de *La consagración de la primavera* con cualquier periodista o persona desconocida.

A continuación, y un poco para impulsar esa entrevista que cada vez parecía más incierta, le repetí que era precisamente sobre el Caribe que me intersaba hablar. Sobre *su* tema. El, ya en un tono más conciliatorio, más humano, resonó que lo sentía muchísimo, pero por muchos motivos personales no podría concederme la famosa entrevista anunciada. Pero si lo que quería era hablar del Caribe, él con mucho gusto lo hacía. No como una entrevista sino simplemente para darme la información, los datos que quisiera a título personal. Si estaba de acuerdo podía pasar por la sede de la Embajada, situada en la rue de Presles, al día siguiente. Hora: once de la mañana.

II

La primera vez en marzo de 1975, no hubo una razón periodística especial, al menos este pretexto de un libro de reportajes y otras

frivolidades de ahora, sino simplemente por ser Alejo Carpentier, el autor de dos obras llamadas *El reino de este mundo* y *El siglo de las luces*. En esa ocasión también lo llamé por teléfono a la Embajada de Cuba en París, y Carpentier aceptó inmediatamente conversar al saber que el reportaje sería publicado en Méjico, Colombia, en Venezuela y posiblemente también en España. También, como ahora, me citó en la sede diplomática cubana, situada en ese entonces en la rue de Faisanderie, en el XVI arrondissement de París también para el día siguiente y también a las once de la mañana.

A esa hora exacta recibió a este periodista y a la fotógrafo, personalmente, en el vestíbulo de la Embajada, guiándonos luego, a través de un estrecho corredor, hasta su pequeña oficina donde atendía por las mañanas los asuntos culturales en su calidad de Ministro Consejero. Tenía setenta años en esa época pero se veía fuerte —alto, grueso, pesado al andar—. Su rostro por el contrario, estaba cruzado por profundas arrugas. Desde el primer instante se mostró levemente atento, aunque siempre difícil: inmediatamente vio la grabadora colocada inocentemente sobre su escritorio, Carpentier sufrió una alteración, como si hubiera sido tocado por una descarga eléctrica. Nada de registrar sus opiniones sobre ese aparato mentiroso —advirtió—, un aparato al cual Carpentier parecía tenerle físico pánico.

A manera de explicación, comentó en un tono muy didáctico que existe una profunda diferencia entre el lenguaje hablado y el lenguaje escrito. Esta diferencia no solo tenía que ver con el ritmo de las frases y la puntuación sino incluso con su propio significado. Este periodista podía grabar sus respuestas sin ningún problema, pero al transcribirlas luego, Alejo Carpentier iba a aparecer diciendo las cosas más tremebundas, más inverosímiles, las cuales siquiera jamás habría pensado. Realmente confesó, su experiencia con los reportajes grabados había sido desastrosa.

Le propuse entonces que respondiera el cuestionario por escrito, lo que pareció preferir sin decirlo. Pero al preguntarle cuándo podía responderlo, cuándo podía devolverlo, ya no pareció muy seguro. En aquel momento estaba sumamente ocupado, aclaró, ya que estaba a punto de viajar a Cuba, y entre los preparativos de éste y los quehaceres cotidianos de la Embajada apenas si tenía un instante de repo-

so. No obstante consultó su agenda. Y al intentar encontrar un lugar en su futuro inmediato para responder el reportaje, el estado de ánimo de Carpentier comenzó a alterarse misteriosamente. Se mostró incómodo en su asiento, parecía respirar trabajosamente, observó con gran recelo a la fotógrafo que se puso en pie, caminando hasta la ventana, con la intención de tomar fotos. También ella tenía un rostro lívido y pálido como el de Carpentier, también ella (como yo) parecía no comprender nada de lo que estaba sucediendo.

Sin aún decidirse por una fecha determinada, Carpentier se detuvo a leer el cuestionario. Al comprobar que la mayoría de las preguntas hacían alusión al mar Caribe —por ejemplo: “¿cree que existe un hombre del Caribe?; o ¿hasta donde cree que se entienda su extensión geográfica-cultural? ¿hasta New Orleans? ¿Hasta el Brasil?— Carpentier preguntó de dónde eramos. Colombianos, le respondí. El comentó entonces que en cierta ocasión había pasado un buen susto en Bogotá, durante un percance aéreo, aunque afortunadamente sin serias consecuencias. Pero al ir más lejos y saber que este periodista era de Cartagena, Carpentier como se dice bajó literalmente la guardia, emocionado. Había caído sin darse cuenta, en una trampa de la nostalgia: su padre siempre le había hablado de la arquitectura colonial de Cartagena de Indias. Era inexplicable, comentó, cómo a pesar del deseo que siempre había tenido por conocer esa ciudad colombiana del Caribe, jamás la había visitado. No lo comprendía. Nunca se le había presentado la oportunidad. Y era, además, una ciudad que el citaba en su *Siglo de las luces*.

El entusiasmo y la camaradería le duraron poco, sin embargo. Al volver sobre la entrevista le comenté la expectativa que existía desde algunos años por su tan anunciada obra *El año 59*. ¿Cuándo leeríamos por fin dicha obra? Carpentier protestó: acababa de publicar dos libros *El recurso del método* y *El concierto barroco* y ya le estaban exigiendo otro... “Y después los periodistas se quejan porque los escritores carecemos de tiempo para ellos... ¿Por qué va ser si no es porque estamos escribiendo los libros que los lectores reclaman”... Y mientras hablaba volvió a la agenda. Aún no encontraba dónde colocarla y ahora parecía más alterado no tanto por conceder la entrevista sino por carecer de tiempo para responderla. ...Era imposible para

él responder cuándo en ese momento, quizás mañana o en tres días lo podría saber. ¿Yo podría volver? preguntó. No había ningún inconveniente. Prometí regresar en otra fecha...

En aquella primera ocasión lo que más me impresionó de Carpentier no fue (a lo que alude Luis Hars) “esa cara de pocos amigos, ese dejarse acorrallar con dificultad y de mala gana”. No me impresionaron sus profundas arrugas que le envejecían mucho más su rostro, ni su voz gangosa y casi gutural de erres francesas arrastradas que era lo que más llamaba la atención a todo el que lo conocía, sino, simplemente, lo que sus soberbias lamentaciones y su extraña tensión produjeron en la fotografía, una muchacha muy activa y muy feliz y generalmente imperturbable: fue incapaz de tomar una sola foto.

A los tres días regresé, solo por puesto, pero el Carpentier de esa vez fue más indeciso y más huraño. El habría preferido, comentó más bien molesto, que lo hubiera llamado primero por teléfono, ya que aún no sabía cuándo podría responder el cuestionario. Cada día que se acercaba el viaje dijo, aparecían más compromisos, más trabajo. Incluso ahora había resultado otra entrevista, ineludible porque estaba acordada con varios meses de antelación, pero que él había olvidado. Era una entrevista para la radio francesa, en la cual se hablaría de su vida y de su obra.

Le propuse entonces que me dejara presenciarla, ya que era una situación ideal: no le quitaba su tiempo, no le interrumpía su trabajo, pero tenía la libertad de tomar notas sobre todo lo que dijera, sobre sus reacciones, y con ese material elaborarían mi reportaje. Con esta solución Carpentier pareció como si le hubiera quitado un peso de encima. Su semblante cambió de expresión tranquilizándose, se abandonó en su sillón, descansado. Fue solo hasta ese instante que comprendí que deseaba decir que no pero no encontraba la manera de decirlo, o simplemente no se atrevía. Aceptó la propuesta, y mientras autografiaba un ejemplar del *Concierto Barroco*, obsequio que me hacía, prometió informarse si los directores del programa radial aceptaban mi presencia en el estudio. Para conocer la respuesta debía llamarlo por teléfono en los comienzos de la semana siguiente, tal como lo hice, infructuosamente; en dos oportunidades fue imposible localizarlo, y después me informaron que ya había viajado a Cuba.

II

En abril de 1978 le fue otorgado a Alejo Carpentier el premio "Miguel de Cervantes Saavedra", en España, por el conjunto de su obra. El monto del mismo, cinco millones de pesetas (aproximadamente 75 mil dólares) el escritor lo donó a la revolución cubana. Se anunciaba también para finales de ese mismo año, la publicación de *La Consagración de la primavera*, la tan esperada novela cuyo tema, por las pistas que Carpentier había dejado entrever por los capítulos publicados en remotos años atrás en la Revista Casa de las Américas, era la revolución cubana. Estos dos hechos constituían una magnífica oportunidad para una vez más intentar entrevistarle, sobretodo ahora que existía la posibilidad de configurar un libro con ese y otros reportajes realizados con los principales escritores latinoamericanos contemporáneos.

Con Carpentier quería conversar también, aunque con un interés más político que literario, la periodista colombiana Patricia Lara, quien acababa de realizar una serie de reportajes sobre dos presos políticos en Cuba, reportajes que produjeron un cierto revuelo dentro y fuera de la isla y que colaboraron indirectamente a acelerar la amnistía prometida por el gobierno y efectuada poco después.

Decidimos trabajar en colaboración —proponerle y realizar con Carpentier un solo reportaje— y con este fin llegamos a la sede de la Embajada de Cuba en París, situada ahora en la rue Presles, el 30 de octubre de 1978. Eran las diez de la mañana. Después de anunciarnos en la recepción esperamos sentados en el amplio hall a Carpentier, quien apareció en el ascensor casi enseguida, regañándonos: su secretaria ya había elaborado la agenda del día exclamó, y en ella no habíamos sido incluidos. En otras palabras (mías, no tuyas, pues es con mis palabras con los cuales siempre interpreto aquí lo que él dijo), eramos algo así como unos intrusos, haciendo estragos en su escaso tiempo y en su trabajo. Pero aquello ya no tenía importancia, aclaró con una voz rotunda, ya que estábamos allí y él también, en qué podía servirnos? Su evidente desagrado aumentó cuando supo que eramos periodistas, y mucho más aún cuando le comenté la intención de una entrevista. Se mostró entonces completamente fastidiado: todo periodista que llegaba a París, que pasaba por París, quería

entrevistar al escritor Carlos Fuentes, al escritor Julio Cortázar, al escritor Carpentier. “¿Es que acaso los periodistas creen que lo único que nosotros, los escritores, hacemos es estar sentados aquí, a la espera de ellos para sus consabidas charlas?”. Y si esto fuera así, agregó y respondió él mismo, ¿entonces en qué momento escribirían sus libros? Más exasperado, más huraño que la vez anterior, comentó, que además, él personalmente no diría una sola palabra a la prensa hasta cuando no aparecieran sus dos próximos libros, *La consagración de la primavera* y *El arpa y la sombra*. No quería tener que repetir las declaraciones varias veces antes y después de publicarse. “¿Cuándo exactamente? En diciembre o en enero”. Entonces le pregunté: ¿podemos conversar en enero? Pareció de acuerdo, pero —nos interrogó— “¿Para qué revistas y periódicos trabajan ustedes?”.

Miré a Patricia Lara. Ella generalmente una periodista de estilo directo y preguntas insolentes (admiradora, como todas las periodistas de la italiana Oriana Fallaci), permanecía asombrosamente muda, igual a la fotógrafo tres años atrás. No se atrevió o no consideró necesario responder que posiblemente su entrevista podría ser para Prensa Latina, la agencia cubana de noticias. Fue este periodista, por su parte, quien dijo: para una publicación venezolana, para una revista colombiana, *Cromos* de Bogotá, para el periódico “El Sol de México”.

Pero la evidente pomposidad de esa múltiple corresponsalía internacional se vino al suelo cuando Alejo Carpentier oyó el nombre de “El Sol de México”. Hizo un gesto con la mano y con el rostro de profunda desaprobación, confesando conocer muy bien dicho periódico, y a continuación relató una larga historia, sucedida en 1975, al otorgársele en México el importante premio internacional “Alfonso Reyes”. Como él sabía, dijo, los innumerables problemas que resultan de los reportajes lo primero que hizo al llegar a México fue convocar a una conferencia de prensa. Su intención, explicó, era conceder una sola declaración para todos los medios de información, y no múltiples y apresuradas pequeñas declaracioncitas que no solo hacían perder el tiempo sino que resultaban casi siempre contradictorias al transcribirse y publicarse en la prensa. Y así se hizo, él declaró lo que tenía que declarar, los periodistas a su vez hicieron algunas preguntas, que también él respondió y al final todos parecieron quedar satisfechos, incluido el mismo Alejo Carpentier. Pero lamentablemen-

te, cuando ya la conferencia de prensa había terminado, se presentó a su hotel una joven desesperada, quien precisamente trabajaba para el “Sol de México”. No había podido llegar a tiempo, le explicó casi con lágrimas en los ojos, implorándole a Carpentier que le concediera un momento, solo unos minutos, para reponer esa falla que le constaría su trabajo en el periódico... Y Carpentier, colmado de compromisos, cansado, aceptó conversar con la angustiada reportera. Confesó que pacientemente le dedicó más de una hora, pacientemente respondió sus preguntas, intentando hasta donde fuera posible que esas respuestas, coincidieran palabra por palabra con la dada a los otros medios informativos momentos antes. Tuvo que detenerse, en varias ocasiones, para advertirle a la muchacha: cuidado con esta idea, lo que quiero decir es esto y no lo otro, fíjese muy bien en esta frase, el autor que le cito se escribe así, —“le deletree el nombre en cuestión, muy lentamente, para que tuviera tiempo de anotarlo perfectamente” en fin... “¿Qué no hice, dije y advertí para que todo saliera bien?... Pero ah —suspiró Carpentier a esta altura de su relato— lo que fue publicado al día siguiente en las páginas de “El Sol de México” no sólo ha sido uno de los peores reportajes que me hayan hecho sino que en varios apartes aparecí expresando todo lo contrario de lo que decía en los restantes órganos de información mejicana de ese mismo día... Desastroso: Alejo Carpentier atribuyéndole a un escritor la obra de otro; Alejo Carpentier un ignorante o más bien un imbécil que dice esto, cuando en realidad había dicho lo contrario, yo opinando de algunos temas de una manera absurda además de incomprendible, incomprendible no solo para el público, para los lectores, sino para mí mismo... ¿Ustedes creen que hay derecho a esto?, a exponerse ante semejante clase de irresponsabilidad?”

Y al hablar Carpentier intentaba darle a sus gestos la misma expresión de estupor y malestar que parecía haberle causado el famoso reportaje de “El Sol de México”. Ante esto lo único que este periodista pudo mentar fue: “Bueno, esta es una excelente oportunidad para que El Sol de México le haga el reportaje que se merece, ese que le quedó debiendo por partida doble”. Pero Carpentier parecía verdaderamente alterado con su recuerdo, no se mostró interesado en mi propuesta, sino que agregó: “Precisamente es por esa clase de reportajes, por los cada vez mayores problemas que acarrear, por sus nada

agradables resultados es que prefiero conversar con periodistas que conozcan perfectamente mi obra; con esos cada día más escasos periodistas que se han leído no solo todos mis libros cuidadosamente sino también mis conferencias, mis artículos de prensa, todas las entrevistas que se me han hecho anteriormente en mi ya larga carrera de escritor, y que son los únicos por lo tanto que no repiten nunca una pregunta que ya le han hecho a uno, y que uno ya ha respondido infinidad de ocasiones...”

Nuestro cuestionario —comenté, casi interrumpiéndole— le demostrará perfectamente cuánto conocemos su obra, quiero decir, sus libros. Porque en lo que se refiere a sus múltiples conferencias, discursos y entrevistas, es más difícil: él sabía, como escritor, como periodista, como representante oficial de la cultura cubana, que América Latina era un continente aislado. Lo que se publica en revistas o periódicos en Buenos Aires apenas si se logra conocer en Montevideo o Brasil; las revistas editadas en Caracas o México no cruzan nunca sus fronteras; y no hablemos de lo que aparece en Cuba...

Carpentier aprobó ese argumento, pero insistió en que aún así, los periodistas jamás se tomaban el trabajo de averiguar nada sobre un autor, a la hora de entrevistarlo. Si ellos hicieran un mínimo de esfuerzo, si ellos buscaran en los archivos de los periódicos y bibliotecas, el conocimiento que tendrían de un escritor sería más completo, y por lo tanto mejor sería la entrevista propuesta...

Nuestro cuestionario —le repetí— ha sido elaborado en base a sus libros, tanto de ficción como de ensayos, pero también se han tenido muy en cuenta dos trabajos sobre usted: el capítulo que le dedica Luis Hars en *Los nuestros*, y *La obra narrativa de Alejo Carpentier* de Alexis Márquez Rodríguez, editado por la Universidad Central de Venezuela en 1970. Si hay algunos otros libros ¿puede decirnos cuáles son y dónde localizarlos?

Ahora, ya en un tono más amable Carpentier aprobó que había más —uno por ejemplo, publicado recientemente en Venezuela—, pero aclaró, de todas maneras él no lo había dicho por nosotros particularmente sino por esa gran romería de periodistas que siempre llamaban para perturbar su trabajo y que a la hora de las decisiones

resultaban escandalosamente ignorantes de los hechos más elementales de su obra. Eran precisamente a esos periodistas a los que además siempre les preguntaba si estaban seguros de que la consabida entrevista sería publicada. Porque también sobre esto tenía un excelente ejemplo. Alguien le había llamado por teléfono en cierta ocasión —comentó— para proponerle una entrevista que supuestamente debería aparecer en El Nacional de Caracas. “Me negué a concederla, dándole al periodista una serie de razones, excepto la principal. Pero tanto insistió que finalmente se la otorgué, únicamente para demostrarle que esa entrevista no saldría en El Nacional, como realmente sucedió: no salió porque existía en ese momento en dicho diario un interdicto de carácter político contra mí, y ese periodista lo ignoraba”.

Este periodista no creía que estuviera vetado por El Sol de México o por la revista Cromos, pero en el supuesto caso de que así sea, le dije, usted ni yo estamos perdiendo el tiempo y trabajo ya que realmente esta entrevista ha sido planeada para que haga parte de un libro de reportajes con escritores latinoamericanos...

Sorpresivamente, como por arte de magia, su hostilidad y su insolencia cesaron... “¿Cuáles escritores?”, preguntó intrigado, bastante interesado. Fuentes, García Márquez, Cortázar, Sábato... “¿Carlos Fuentes le concedió reportaje? —interrumpió más intrigado aún. No uno, le respondí, varios reportajes, aunque no con motivo del libro (inexistente en ese entonces) sino por su condición de Embajador de México en Francia, y también después al renunciar. Solo falta usted, agregué, y por diversas razones deseo que esté... También hace falta Rulfo, confesé. —“Comete un error grave no incluir a Rulfo” — comentó. Efectivamente lo era, pero ese era otro cuento y por lo pronto no había nada que hacer. Carpentier pareció no comprender, y con razón, lo que le decía. No obstante, ya convencido de la supuesta bondad de la obra proyectada, pidió que le dejara el cuestionario para ver qué podía hacer. Advirtió que de todas maneras, no lo respondería sino hasta después que aparecieran todos sus libros. Y nada de pensar en utilizar grabadora: él no respondería ninguna pregunta en esa forma porque: “los periodistas no se dan cuenta hasta qué punto una grabadora distorsiona nuestras ideas, nuestras opiniones”...

Sin aclarar cómo serían entonces respondidas —si por escrito o

con notas tomadas por este periodista— recibió el cuestionario. En él hay algunas preguntas relacionadas con su próximo libro *La Consagración de la primavera* —le dije—; las otras que resulten de la lectura de esa y la otra obra se las entregaré cuando se realice definitivamente el reportaje. Estuvo de acuerdo, y comenzó a leerlo.

Era un largo cuestionario, de aproximadamente veinte preguntas, en el cual se intentaba abarcar todo Carpentier, tanto su obra (incluida la propia *Consagración*) como el mismo escritor. Debido a su extensión había sido dividido en tres partes: primero: su obra tanto de ficción como de ensayo; 2o. su oficio de escritor, su visión de la realidad; 3o. el mar Caribe, que era en cierta forma el tema principal del cuestionario, alrededor del cual giraba todo.

Pero inmediatamente comenzó a leer, al encontrarse con la primera y segunda pregunta, Carpentier volvió a instalarse en su incómoda posición de hostilidad. “¿Pero hasta cuándo vamos a estar hablando de lo mismo?” —protestó—. Hace más de veinte años que no hago sino hablar del barroco, de lo real maravilloso” —comentó ahora casi con impaciencia—. “Y todavía los periodistas preguntándole a uno de lo mismo: lo barroco, lo real maravilloso... Es el colmo”.

Las preguntas que, una vez más habían puesto nervioso a Alejo Carpentier eran las siguientes: “En cierta ocasión usted escribió que el legítimo estilo de novelista latinoamericano era el barroco. Hoy en 1978, ¿sigue pensando lo mismo? ¿No cree que pudo ser una frase un poco lapidaria, certera para algunos casos, pero que también excluía deliberadamente algunos otros estilos, válidos, y de los cuales tenemos ahora buenos ejemplos?” // “Después de veinte años de haber propuesto su teoría de lo real maravilloso es que ésta logra imponerse en América Latina. ¿A qué cree usted se debió esta tardanza? ¿En qué obras tanto suyas como de otros escritores ha visto plasmada esta concepción literaria? ¿Piensa que dicha visión puede seguir teniendo vigencia en un mundo colmado de ciudades, rascacielos, televisión a color, y automóviles último modelo, como es América Latina hoy?”

Le pedí que leyera más detenidamente esas preguntas. “Lo que se intentan es colocar esos famosos conceptos suyos en la realidad actual, en la América Latina en el umbral de los años 80”. —“Estoy

cansado de hablar del barroco”— respondió con una voz realmente cansada, dejando de lado la siguiente pregunta sobre la presencia de las ciudades latinoamericanas en nuestra literatura (“¿Lo está Lima en la obra de Mario Vargas Llosa? ¿Lo está Ciudad de México en la de Carlos Fuentes, Buenos Aires en la de Borges y Sábato, y La Habana en la suya y en la de Guillermo Cabrera Infante?”), pasó de inmediato a la siguiente hoja.

“El Caribe, un tema tan vasto, con tópicos tan diversos, tan distintos, ¿y usted quiere que se lo reduzca a una sola respuesta?”. No, en una respuesta no, lo interrumpí: en siete. —“Ni en siete ni en veinte: sobre el Caribe se pueden escribir libros y libros. ¿No lo estoy haciendo yo, personalmente, en toda mi obra desde hace tantos años, sin poderlo agotar?... Pero, ¿por qué será que los periodistas no se documentan bien antes de entrevistarlo a uno?”— Volvió a preguntar, pero ahora parecía interrogarse a sí mismo, parecía interrogar a Patricia Lara, quien nada respondió todavía muda de asombro y estupor. —¿Dónde podemos encontrar, que no sea en sus libros, sus opiniones del Caribe y también sobre los otros tópicos que según usted han superado a los anteriores?—. El respondió que en Venezuela habían publicado una obra donde se reunía una serie de conferencias suyas dictadas sobre algunos temas más novedosos. “Pero usted debe comprender que es un libro inalcanzable, hay que pedirlo a Caracas, eso demora su tiempo, varios meses por lo menos”. Prometió entonces a manera de consuelo obsequiarnos un ejemplar. El tenía varios, y si pasábamos al día siguiente tendría uno para nosotros allí en la recepción—, y señaló hacia enfrente donde una cubana no muy joven atendía a los visitantes. Continuó ojeando el cuestionario.

Al leer: “Ha llamado a Robert Desnos el hombre-poeta ¿cómo desearía que lo llamarana usted?”, Carpentier advirtió en un tono más elocuente que didáctico que había que tener mucho cuidado en no confundir al poeta francés con el escritor cubano Edmundo Desnoes, autor de “Las memorias del subdesarrollo”. Y antes que le señalara el evidente y nada serio error mecanográfico (estaba escrito Robert Desnoscse, pero aún así él solo había llamado “hombre-poeta” a Desnos), saltó a otra pregunta, mucho más adelante, mucho más delicada: “En algunas ocasiones se han referido a usted como a un escritor más bien francés que escribe en Español, es decir, que contempla el

reino de este mundo americano con ojos extranjeros, cartesianos. ¿Se ha sentido en alguna ocasión, o siempre, con esta precariedad, con este obstáculo? ¿Pero es realmente un obstáculo para comprender y sentir lo americano?”.

Una vez más Carpentier expresó su molestia, no tanto por la insolencia nada disimulada de la pregunta sino porque, exclamó, ya la había contestado hacía algún tiempo a la revista Crisis de Buenos Aires. —“Volvemos a lo mismo” —le comenté—: “Crisis es una revista que circula o circulaba (porque creo que ya se acabó) en Buenos Aires; probablemente su respuesta haya sido leída en algunos círculos intelectuales argentinos y de Montevideo. Pero no por el gran público de México, no el gran público de Colombia y Venezuela que lee prensa y periódicos de todos los días y que es a quien intento darles a conocer sus opiniones. Ese era un comentario que se oía frecuentemente en estos países, ¿quién mejor que él mismo para responderla?”

Pero Carpentier ya no hizo ningún otro comentario sobre lo que se le decía, ni tampoco sobre el cuestionario: lo siguió leyendo en silencio, y al finalizar dobló las tres hojas de papel, comentando que se quedaría con ellas para estudiarlas con más detenimiento. De una manera implícita parecía aprobarlo aunque aún así quedaba una duda por aclarar: “¿Le enviaríamos luego de él responderlo, una copia ya transcrita y en limpio para ver y corregir antes que fuera publicada?”. Tendrá todas las garantías que quiera para que así se haga, le dije y él contestó: “Pero por lo pronto usted debe leerse los libros que van a aparecer, y también el que le dejaré mañana aquí en la recepción”. Y a continuación se puso de pie, despidiéndose con expresiones y gestos mucho más amigables que al principio, cuando nos recibió.

Al otro día hubo, efectivamente un sobre sellado y a mi nombre en la recepción de la Embajada de Cuba, pero dentro no estaba el libro anunciado sino otro, una especie de folleto ligeramente lujoso, titulado: “Un camino de medio siglo”, editado por el Instituto Cubano del Libro. Contenía discursos suyos y de otros intelectuales cubanos ofrecidos en los diversos homenajes que le rindieron a Alejo Carpentier en La Habana con motivo de sus septagésimo aniversario el 26 de diciembre 1974. También había en el sobre una nota manus-

crita del escritor cubano, fechada ese mismo 31 de octubre y que decía:

“Estimado amigo: Creo que no me quedan, en París, ejemplares de “Razón de ser” pues, por más que busco, no encuentro ninguno— Cuando reciba más, le mandaré un ejemplar a su dirección de Londres.

“Sin embargo, me encuentro con este “Camino de medio siglo”, donde creo hallará cosas realmente *nuevas* que nos sacarán un poco lo “real maravilloso”, lo “barroco”, y otras historias que tienen... más de 25 años de estar rodando por América—.

“Perdóneme la brevedad con que lo recibí ayer, pero usted no me había anunciado su visita y yo estaba tremendamente atareado—”.

La nota finalizaba con “mi cordial saludo, Alejo Carpentier”.

IV

Cinco meses más tarde, y cuando ya *La Consagración de la Primavera* llevaba igual número de ediciones sucesivas de consagración tanto en México como en España, viajé a París con ese pesado libro a cuestas y el propósito de intentar una vez más entrevistar a Alejo Carpentier. Deliberadamente no esperé la lectura de *El Arpa y la sombra*, libro que solo hasta ese momento se estaba editando. Pero tampoco en esa tercera ocasión fue posible. Es más, ni siquiera pude verlo. Envié un mensaje, a través de un amigo común que trabajaba en Prensa Latina, en el cual informaba que hasta que no fuera publicado *El Arpa y la sombra* no podría concederme el tan buscado reportaje. La razón que agregó esta vez fue aún mucho más misteriosa, por no decir seductora: esa obra estaba destinada a crear un revuelo de polémicas.

V

De manera que en la cuarta ocasión —4 de septiembre de 1979—, Alejo Carpentier recibió a este periodista en el amplio hall de la Embajada de Cuba en París no para concederle un reportaje sino, simplemente, para suministrarle una rápida información sobre el Caribe. Igual que en su obra, todo parecía girar en una especie de eterno retorno. El iba a hablar de El Caribe, que era curiosamente, sobre lo

que había intentado entrevistarle la primera vez. Todo era lo mismo, el mismo tema, el mismo Carpentier con cara de pocos amigos de cinco años atrás, de once meses atrás, de 24 horas antes. Lo único distinto y realmente saludable era su negativa rotunda de ahora de no conceder entrevista, y así lo repitió desde el instante mismo en que apareció y se sentó a conversar.

El concedía entrevistas solo a aquellos periodistas a quienes él hubiera seleccionado de antemano. Citó dos o tres nombres entre ellos, el de alguien que, agregó, actualizaba un libro sobre su obra, después de haberse leído cuidadosamente y con paciencia centenares, miles de artículos periodísticos que él había escrito en El Nacional de Caracas.

“Pero no soy solo yo, agregó, quien está en esta dura política de no conceder entrevistas a la prensa. En esta misma tónica están Julio Cortázar, Carlos Fuentes, García Márquez... García Márquez sugirió— vaya a pedirle una entrevista para que vea lo que le responde. Para que vea cómo lo manda a leer primero sus libros”. Carpentier recordó entonces lo sucedido en la recepción ofrecida en México cuando el premio “Alfonso Reyes”, y al cual también había asistido García Márquez. “Estábamos los dos conversando muy tranquilamente cuando notamos que habíamos sido rodeados por varios periodistas, asediándonos con sus preguntas de siempre. Y García Márquez, con ese rostro duro que a veces tiene para ciertas ocasiones se los quedó viendo y con una voz impasible les respondió que en lugar de estar haciendo preguntas inútiles por qué mejor no se leían nuestros libros; allí en esos libros estaban todas las respuestas e incluso algunas preguntas para que las respondieran los periodistas. Y es verdad, eso es lo importante, los libros, no los autores”; Sin pausa ninguna (parecía haberse preparado para la ocasión), Carpentier dio a continuación otro ejemplo, esta vez sucedido a Carlos Fuentes. Cierta vez le habían propuesto a Fuentes una entrevista, y el autor de *Aura* y *La región más transparente* respondió, en su característico estilo desenvuelto e hiperbólico, con una contrapropuesta: “¿Cuánto pagan? ¿Mil dólares? ¿Cinco mil? ¿Diez mil? ¿A ver, cuánto pagan?” Carpentier no esperó que este periodista le hiciera la consecuente propuesta que se desprendía de dicho relato para advertirme categó-

ricamente que daba ese ejemplo no para insinuar que solo si se le ofrecía retribución económica concedía la entrevista, como seguramente tampoco lo había pensado Fuentes. Lo decía simplemente para hacer notar un detalle que los periodistas olvidan: "El tiempo del escritor es tan precioso y cuesta tanto o más que el de los mismos periodistas". Siempre didáctico, siempre solemne y ahora también un poco aparatoso, Carpentier intentó explicar el drama suyo y el de todos los escritores ante las entrevistas, que resumo aquí, esperando ser fiel tanto a sus palabras como a su pensamiento: al conceder la entrevista, el escritor dispone de muchas horas de su propio trabajo, de su propio tiempo, pero generalmente lo hace para tener que responder preguntas inútiles, es decir, preguntas centenares de veces planteadas anteriormente por otros periodistas, y centenares de veces respondidas no solo a esos periodistas sino en discursos, en conferencias, en charlas con estudiantes, en sus propios libros. Pero, a pesar de todo, el escritor las responde una vez más, de la manera más adecuada, más actual, dedicándole un gran cuidado al reportaje para que quede bien. Es sin embargo, un esfuerzo inútil y Carpentier confesó que lo decía por experiencia propia, en muchas ocasiones a él ocurridas. Esa entrevista, a la que primero tanto se había empeñado el periodista y luego tanto esmero le dedicó el escritor jamás es publicada como debe ser, completa; el periodista no solo le quitaba o le agregaba lo que quería (fragmentos de otras opiniones, probablemente ya desactualizadas), y lo mismo hacía el director del periódico o del medio informativo en cuestión, por gustos personales o prejuicios de tipo político. "Y no hablemos ya del caso extremo en que la entrevista termina de repente, abruptamente en una coma, con una idea o frase inconclusa, porque a última hora hubo que cortar el reportaje para involucrar un aviso comercial". Pero ni siquiera de esos atropellos literarios, de esas violaciones, se enteraba el escritor porque el periodista generalmente jamás se toma la molestia de enviarle un ejemplar de la entrevista ya publicada...

Precisamente existe una propuesta personal a una editorial española para que edite una serie de obras con los mejores reportajes y entrevistas a los más destacados novelistas hispanoamericanos —le dije, un poco a modo de aprobación, ya que mucho de verdad amarga había en todo lo que decía, incluso en eso de no enviar al escritor

las entrevistas publicadas— los mejores reportajes con Julio Cortázar, con Mario Vargas Llosa, con Gabriel García Márquez, con Onetti, con Fuentes... Una idea nada original, por cierto, ya realizada en otros idiomas. Ejemplo: *Strong opinions*, con Nabokov, *Sartre*, que incluye, versión española, un reportaje del propio Carpentier. “Esto le retribuiría al escritor —quien debía ser el único dueño o *copy-right* del libro—, el paciente trabajo realizado, el aparente tiempo perdido con los periodistas”.

No pareció interesado en la idea. Al menos nada respondió, ya más bien impaciente por despedirse. Fue entonces cuando le recordé a qué había venido: para que hablara del Caribe... —“Pero estimado amigo, ¿usted sabe lo que está diciendo cuando aspira que yo le hable sobre el Caribe? ¿Usted quiere que en solo diez minutos o menos le hable de esa asombrosa diversidad, de esos infinitos contrastes del ámbito geográfico caribeño? Pero si es inagotable. Si es un ámbito colmado de esplendor, de matices, de islas, muchas islas, islas montañosas unas, otras que apenas se sobre alzan sobre el nivel de las aguas... Pero si es un mundo inagotable, le repito... Precisamente acabo de escribir un artículo sobre el tema con motivo de Carifesta 79”—. ¿Dónde se puede localizar, conseguir ese artículo? le pregunté, pero Carpentier no lo sabía, no estaba muy seguro dónde.— “Bueno, probablemente en la revista Casa de las Américas”.— ¿Qué mes? —pregunté— ¿Cuál número?—Tampoco parecía enterado.—“Quizás en el próximo mes, en el próximo número”.— (el artículo fue finalmente distribuido por la agencia que se encargaba de sus trabajos, y publicado entre otros, en la revista Cromos, donde lo leí meses después).

El tiempo seguía agotándose, y él ya comenzaba a mostrar signos nerviosos de impaciencia. Decidí irme: no diría más nada del Caribe ni tampoco este periodista lo necesitaba para su reportaje, el cual estaba prácticamente listo. Un reportaje infinitamente más singular, más llamativo que el buscado durante tantos años infructuosamente. Solo faltaba escribirlo: *Por qué el escritor cubano Alejo Carpentier no concede entrevistas*. Como él mismo había escrito, citando al Zohar en el primer epígrafe de *El siglo de las luces*, las palabras jamás caen en el vacío.

Sin embargo, aún las sorpresas con Alejo Carpentier no habían acabado. Al notar que este periodista se disponía a partir él, con un leve gesto de su mano izquierda sugirió que le entregara mi ejemplar de *El arpa y la sombra*. Mientras lo hacía le comenté la alusión que hizo sobre la relación ficción-historia (relación que habría sido interesante indagar con él porque en ella está la clave de *El reino de este mundo* y de *El siglo de las luces*) “cuando en la presentación usted dice que no es oficio de novelista contar cómo sucedieron las cosas sino cómo debieron o pudieron haber sucedido”.

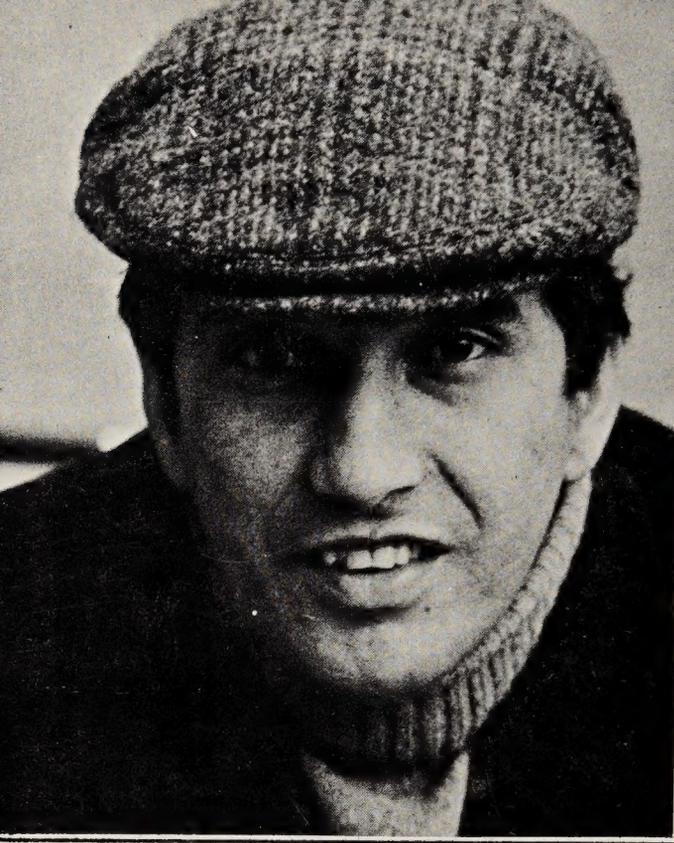
Su único comentario, su única respuesta, un poco irónica además, fue: “Eso no lo digo yo, lo dice Aristóteles”. Extrajo a continuación su estilógrafo, lo acercó a la primera página del libro, y murmuró: —“Su nombre es...”— Eligió, le respondí. —“¿Elegio? ¿Elegio así no más”— Y al hacer la pregunta sacudió exasperado el estilógrafo. Para este periodista fue una (otra) sorpresa mayúscula. Once meses atrás, 24 horas antes, hacía solo 17 ó 20 minutos, siempre, me había anunciado con mi nombre y apellidos completos (y sabía perfectamente por qué lo hacía). Hubo entonces que repetírselo por quinta o séptima vez. Pero al oírlo ahora el sorprendido pareció ser él. “¿Cómo dijo que se llamaba?”—, preguntó incrédulo, como queriendo no aceptar lo que había oído. Lenta, cuidadosamente lo volví a repetir. Se quedó entonces en silencio como rumiando lo que había oído, para finalmente preguntar lo inevitable: —“No será familiar del escritor?”— Y ante la afirmación del periodista, preguntó con un aire que intentaba ser indiferente pero que en realidad era de intriga e incredulidad: —“¿Primo, sobrino, pariente lejano?”— No, hermano. —Le respondí—. —“¿Dice que es hermano del escritor?” Preguntó perplejo. Le respondí entonces eso que hay que responder siempre: “yo no soy hermano de él, él es quien es hermano mío”. Pero fue peor. “¿Cómo dijo?”— insistió, y debí entonces responderle sencillamente: “Sí somos hermanos”.

Carpentier se quedó entonces observándome con una mirada intrigante y desolada, como si me viera por primera vez, y después de varios segundos que fueron siglos, comentó con una voz terriblemente cansada: —“¿Y por qué no me lo dijo antes?”— Ante esa incómoda comedia de equivocaciones sucesivas, lo único que encontré a la ma-

no fue otro inevitable lugar común: “porque usted no me lo preguntó” —Le respondí.

El volvió a contemplarme con esa expresión insondable, más insondable aún que sus lamentaciones, sus oscuras hostilidades y contradicciones. Después acercó su mano trémula con el estilógrafo a esa primera página de *El arpa y la sombra* y escribió, debajo del rótulo *la creación literaria*, la palabra *para*; después de una pausa, escribió mi nombre y apellidos completos, después tres rayitas como puntos, y después de ese largo preámbulo suspensivo y desesperante, esto: “estas viejas historias caribes, en recuerdo de Alejo Carpentier. París-sept-79”. Después me entregó el libro, guardó su estilógrafo, se puso de pie, o más bien nos pusimos de pie al mismo tiempo. Y casi sin decir palabra nos despedimos.

París, septiembre 1979/abril 1980.



ELIGIO GARCIA MARQUEZ es un gran periodista, un buen reportero, un cuidadoso analista y, por tanto, las conversaciones con estos escritores —los más importantes de Latinoamérica— son de gran impacto y revelan cosas que no se han dicho en otros reportajes. Es una mirada distinta, una nueva visión. Es otra óptica. Y eso le otorga un estilo. Una manera de ser. Una peculiaridad. Es interesante ver esa otra faceta arrogante de Carpentier. O la visión distante de García Márquez, su propio hermano.

Es un libro que, por lo demás, muestra unidad y coherencia. Concluye con Cabrera Infante. Empieza con Borges. Es el Boom, los mejores. .

